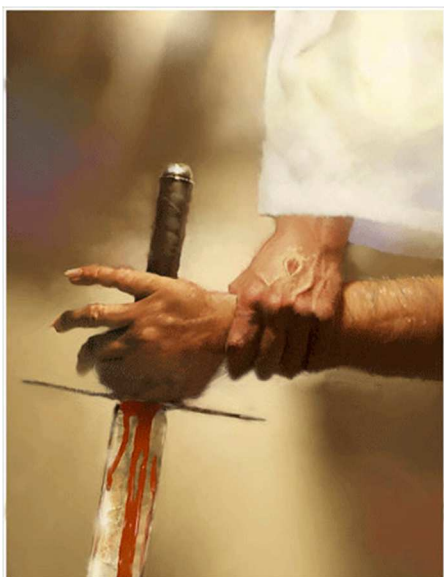


ECOS DE LA PALABRA

Paz a vosotros

Reflexiones sobre el evangelio de Juan 20, 19-31 (II Domingo de Pascua - Ciclo B)



Nota: En este domingo, tomando como motivo el saludo y algunas de las palabras que Jesús dirige a sus discípulos, quiero haceros partícipes de una reflexión sobre la paz que, dados los últimos acontecimientos, me preocupa hondamente. Sé y asumo que no es lo más “litúrgico” y que puede considerarse como un “adefesio homilético”, pero, acudo a vuestra comprensión y a vuestra sensibilidad para que me ayudéis a traer a la memoria y al corazón a las cientos de personas y familias que lo están pasando mal por el horror de la violencia.

Como es usual en la Semana Santa, algunas cadenas de televisión recurren a sus videotecas para desempolvar películas de temas religiosos como “Ben Hur”, “Los 10 Mandamientos” o “Juan XXIII, El Papa bueno”. Esta última tuve ocasión de verla el domingo pasado y me impactó mucho que el anhelo de construir la paz que tuvo el Papa Juan durante su pontificado sigue siendo, 50 años después, una tarea pendiente para la humanidad. Su preocupación, con diferentes protagonistas, sigue siendo la del Papa Francisco y la de muchos de nosotros pues asistimos a una las épocas que está acabando con más vidas de inocentes.

¿Qué podemos aportar las comunidades cristianas a la búsqueda de la paz?

Un punto de partida. En la enseñanza y en la vida de Jesús la paz ocupa un lugar destacado, su vida, de hecho, está enmarcada en dos anuncios de paz: los pastores que dormían al raso y soñaban el amanecer de la justicia son alentados por el anuncio del nacimiento de un Niño que traía consigo la paz a la tierra y, los discípulos del Maestro, en la hora de su partida, reciben como herencia espiritual el encargo de ser testigos de la paz: “mi paz os dejo, mi paz os doy”.

La paz, la que nace de un corazón nuevo y no de simples armisticios entre las partes en conflicto, es una consecuencia, en primer lugar, de la presencia de Jesús y los valores del Reino en la comunidad que hacen que, por encima de cualquier interés particular o nacional, se coloque la dignidad de toda persona humana y, en segundo lugar, de la transformación que la vida nueva, inaugurada en la pascua, obra en los discípulos de Jesús. Las personas que han experimentado el paso del hombre viejo al hombre nuevo se sienten movidos a superar la lógica del odio, la muerte, la venganza y la destrucción

para dar paso a una nueva civilización construida sobre los cimientos del amor, la verdad, la justicia y la paz.

El plus cristiano en un proceso de reconciliación y paz. Las sociedades que tras sufrir el horror de la guerra buscan la concordia han diseñado un itinerario que, pasando por el esclarecimiento de la verdad, la aplicación de la justicia y la exigencia de la reparación, crean el clima propicio para tender puentes de reconciliación. Desde el evangelio podemos agregar dos pasos más a este itinerario. No son fáciles de incluir, es más, son un desafío si tenemos en cuenta que muchos de nosotros hemos visto de cerca a quienes siembran violencia en cualquiera de sus manifestaciones.

El perdón. Más allá de la justicia, el cristiano está llamado a perdonar, es decir, a salir de sí mismo con un corazón misericordioso para decirle al agresor, las veces que haga falta, que es el tiempo de volver a empezar, de nacer de nuevo, de brindarse una nueva oportunidad para rehacer la vida aunque ésta surja de las cenizas y el dolor. ¡El evangelio es exigente! Este hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, a empezar de nuevo... el perdón, que no excluye la verdad y la justicia, es de una generosidad total. Las cicatrices solo son para recordarnos que hubo un pasado que nos generó dolor pero lo hemos superado. El rencor es una llaga abierta que mantenemos sangrante y no nos deja sanar del todo.

Creer. Jesús le dice a Tomás, “no seas incrédulo sino creyente”. Desde el trabajo por la paz estamos llamados a creer en la fuerza del Espíritu del resucitado que es capaz de cambiar los corazones de piedra en corazones de carne. Creer en el poder de la comunidad que junto a Jesús, el Príncipe de la Paz, es capaz de derribar los muros que separan a los hermanos: el odio, la injusticia, la exclusión, la violencia, etc. Creer en los otros, evitar la tentación de la desconfianza para que nos podamos sentar en la misma mesa a dialogar y diseñar un nuevo orden social. Esto requiere transparencia y honestidad. Creer en el proceso de paz. Sabemos que es lento y complejo pero estamos llamados a apostar por él. No nos cansemos de buscar la paz, de crear un clima favorable para conseguirla. No pongamos zancadillas a los esfuerzos de las personas que se esfuerzan por lograrla.

Somos llamados y enviados a ser constructores de paz. Bienaventurados los que trabajan por la paz porque se llamarán hijos de Dios.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona